

Reportaje

La mujer y la vida religiosa Hna. Delfina María Moreno Verduzco

"No me eligieron ustedes a mí, soy Yo quien los escogí, para que den fruto y este fruto permanezca...". Como siempre, la palabra del Señor Jesús es clara, no hay confusiones en ella y nos dice que la mujer que ha sido llamada es para que sea plena, fecunda...

Recordemos algo sobre el "ser" y la "misión" de la Vida Religiosa.

La Vida Religiosa es un "don" con que el Espíritu del Señor, ha adornado y embellecido a su Iglesia. Las religiosas somos signo de la presencia del Reino (a esto estamos llamadas, convocadas), pues somos continuadoras de la misión de Jesús. Con el seguimiento radical del Verbo Encarnado, la comunión fraternal con los hermanos y el servicio, la diaconía, queremos que la Buena Nueva motive una sociedad completa, un mundo más humano, más fraterno, más reconciliado; ya que esto es la voluntad del Padre.

El tiempo que nos toca vivir no es fácil. Ante una sociedad donde parece primar la cultura de la muerte, la deshumanización en todas sus manifestaciones (armamentismo, droga, desacralización, materialismo, violencia, falta de sentido de la vida, etc.), la mujer religiosa está comprometida a ser, por su consagración, signo de vida, de esperanza, ya que con la fuerza y el poder del Señor, es capaz de soplar con la brisa del Espíritu, de refrescar con el aire de la coherencia y de oxigenar con la entrega cotidiana y generosa una vida, y ésta en abundancia.

No debemos de tener miedo como mujeres de abordar y compartir nuestro modo de ver, de mirar las realidades y de atrevernos a proclamar los valores y sobre todo a vivirlos.

Hoy, nuestras respuestas como mujeres consagradas deben de tener un matiz especial, es decir, desde el corazón: no sensiblerías, sino llenas de humanismo y ternura, de intuición que adivina y da respuesta aún antes de la petición; del lazo que conecta, que une; de presencia que relaciona, que favorece la acogida y que deja fluir nuestra humanidad y divinidad, en fin, una presencia sacramental que sana; de compasión que es ese abrazo de Dios con nosotros y que nos impulsa a vibrar desde nuestras entrañas con el sufrimiento y dolor, con la miseria de nuestros hermanos experimentándolos en nuestra propia carne y sintiéndonos movidas profundamente a la compasión a la manera de Jesús.

Hoy más que nunca somos llamadas a contemplar al Verbo Encarnado para mostrar al mundo la meta de la humanidad en el proyecto de Dios, y como cristianas y consagradas recuperar lo humano. Cuando caminamos en este descubrimiento del Dios Encarnado abrimos el corazón ante el marginado y compartimos con él nuestros dones.

El mundo desafía a los que creemos en Jesús, a vivir en la coherencia, ya que, ante la desilusión, mentira y corrupción, la fe está minada. Nada se aceptará si no se parte de la experiencia del testimonio.

Como vemos el compromiso de generar vida, está y es muy claro: el reto es vivirlo. ¿Mujer, eres capaz de darle un sí a tu Dios que te ha elegido?, ¿Y un sí a tus hermanos que siguen sufriendo en una multitud de enfermos y desvalidos de todas clases?

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 20 (2006)

¡Tú tienes la respuesta!